

¡láremos comprendidos en el motín y rebelión contra Jesús, que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos; no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *¿Peccavi, quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con San Pedro Damiano: que en el corazón de Jesús hallamos las medicinas más específicas para todas nuestras dolencias; que en él se hallan todos los tesoros, como dice San Bernardo. Os diré que el hielo mortal que congela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite unión alguna, la rigidez que no cede á la compunción, y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazón de Jesús; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego, y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los Cantares: Mi alma se ha derretido desde que el esposo le habló. Os diré que el corazón de Jesús es como una cera derretida, y no puede acercársele corazón alguno por duro que sea que no se derrita y se inllame con su divino fuego. Os diré que acercándonos al divino corazón de Jesús oiremos y hallaremos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer sorprendida en adulterio; con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurión y al mismo Judas; porque su corazón todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

Frecuentad esta devoción, honrad y venerad al santísimo corazón de Jesús, y con sus tesoros no tardaréis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improprios y miserias de los hombres, empezando por las vuestras; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el hielo en que están sumidos; empezarán á encenderse y abrasarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres; gustarán las dulzuras de la virtud, y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansión eterna y feliz de la gloria. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

FIN Y FRUTOS DE ESTA DEVOCIÓN

Repleti fructu justitie per Jesum Christum, in gloriam et laudem Dei.
Llenos de fruto de justicia por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.

(S. PAB. Á LOS FILIPINSES, c. i, v. 11).

Al proponerme en este día, hermanos míos, hablaros de la excelencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, me bastaría recordaros el objeto de la misma, ya que toda devoción saca su excelencia principalmente de su objeto. De este modo os diría que es la devoción más excelente, como quiera que nada hay más grande, más noble ni más excelente que el corazón de nuestro Señor Jesucristo. Excelencia que se toma, no sólo de las cualidades naturales del corazón, sino también de su unión con el alma, la más perfecta y la más pura que hubo jamás, de la cual este divino corazón ha sido el más noble órgano en la producción de sus afecciones sensibles; y, sobre todo, de su unión con el Verbo eterno; unión que, haciendo de este Sagrado Corazón realmente el corazón de un Dios, le eleva infinitamente por encima de todo ser creado y da á todos sus movimientos un mérito infinito.

Pero, prescindiendo en estos momentos de tan altas y elevadas consideraciones, quiero fijarme en otra consideración práctica y utilísima para el aprovechamiento espiritual de vuestra alma.

Quando se quiere dar cuenta exacta de una institución y apreciar su valor, hay un medio seguro que emplear, esto es, el estudiar en ella el fin y los frutos. Este medio no engaña nunca.

Me propongo, pues, hoy, hermanos míos, el mismo medio para instruiros de una manera infalible sobre el valor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Ciertamente sabemos, ante toda averiguación, que esta devoción no puede dejar de ser muy perfecta y excelente, puesto que ha sido practicada, no solamente por los más gran-

des santos, sino que está también expresamente aprobada por la Iglesia. Sin embargo, la idea que os he propuesto no dejará de seros utilísima, porque así conoceréis las razones por las cuales esta devoción, tan querida por las almas santas, debe ser también la de todos nosotros. Veamos, pues, en la primera reflexión cuál es el fin de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y en la segunda cuáles son sus efectos. *Ave María.*

Uno de los fines de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hermanos míos, es devolver á este Corazón Divino amor por amor: pues él nos ha amado y nos ama siempre más de lo que se puede decir y más allá de lo que se puede imaginar.

¡Amor! ¿Quién nos dirá lo que es el amor del Corazón de Jesucristo? El misterio de este amor tiene las mismas profundidades que el del Verbo encarnado. Jesucristo es á la vez Dios y hombre: es el Hombre-Dios. Según esto, del mismo modo que en su persona adorable uno dos naturalezas distintas, la de Dios y la del hombre, así su divino corazón es, si puedo expresarse así, el único foco de un doble amor. En Jesucristo, es Dios que ama y el hombre á quien se ama... y este doble amor es el de su Corazón. En Jesucristo, es Dios que ama!... Cuando por el pensamiento nos elevamos á la contemplación de los atributos divinos, hay uno de ellos que nos atrae y nos arrebatá más que los otros: es la bondad de Dios, esta bondad que se nos manifiesta por el amor!... Dios, nos dicen los Libros sagrados, nos ha amado desde toda eternidad (Jer., XXXI, 3). A su amor debemos el ser y la vida. Este mundo que nos rodea, este aire que respiramos, estos alimentos que sirven para nuestra nutrición diaria, son otras tantas pruebas de su amor por nosotros. Cuando el pecado de nuestros primeros padres hubo roto, entre Dios y el hombre, los lazos formados por su amor, éste no disminuyó; Dios nos ha amado tanto, que nos ha dado á su Hijo (Joan., II, 16); y el amor que nos ha rescatado, ha sido más maravilloso todavía que el que nos había criado. Pues bien, es desde luego este amor de un Dios que debemos considerar en Jesucristo. En efecto, Jesucristo es Dios, y, por esta misma razón, todas las obras que el divino amor ha realizado en el tiempo le son igualmente debidas. Ya el Corazón del Verbo eterno calentaba el barro de Adán para darle la vida; y este mismo corazón, después de la caída, se ofrecía en holocausto por su salvación!... ¿Cómo nos ama el Corazón de Jesucristo? La respuesta es fácil: nos ama como Dios puede amarnos. No obstante, en Jesucristo está igualmente el hombre que nos ama; y ¿cómo enumerar

aquí las incomparables riquezas de la *naturaleza humana* de su Corazón? Esta naturaleza humana es la nuestra... Y reconociendo las inferioridades sin número que nos colocan por debajo de Jesucristo, podemos, no obstante, comprender mejor como su humanidad nos ama. Pongamos la mano sobre nuestro propio corazón, cuando una afección pura y santa le toca y le imprime sus más nobles impulsos: escuchemos como late; démosnos cuenta de la asombrosa pujanza que comunica á todo nuestro ser: amamos, y una vida nueva parece despertarse en nuestra alma; amamos, y según una expresión de San Agustín, no hay ya ni trabajo ni pena que sea para nosotros un peso; amamos, y nuestro único deseo es darnos generosamente; amamos, y toda nuestra felicidad está en amar!... Ah! si tal es el amor de una criatura pobre, manchada por el pecado, desgarrada por sus pasiones, enfiada por sus intereses, despojada de los más bellos privilegios, ¿qué será por consiguiente el amor de Jesucristo? Su corazón pertenece por completo á Dios y á nosotros: para Dios, él tiene ardores infinitos, y para nosotros, maravillosas ternuras! Si queréis aprender cómo el Salvador nos ama, leed su Evangelio, esa tierna historia de su corazón. Su primera lágrima y su primer suspiro en la cuna de Belén nos advierten ya que su corazón se conmueve por nosotros: la humildad de su vida oculta en la casa de Nazaret, es la primera enseñanza que su corazón nos da: *Aprended*, nos dirá, *cómo soy dulce y humilde de corazón*. Si abre la boca, es su corazón quien habla; si cura á los enfermos, si consuela á los afligidos, si perdona á los pobres pecadores, es también su corazón quien obra: si se entrega á los verdugos y sufre una pasión cruel, es únicamente porque nos ama, exclama el Apóstol. *Ef. II, 4.* Y cuando expira en la cruz, ¿qué hace? muere de amor por nosotros.

Por último, como al dar su vida por nosotros, no queria sin embargo abandonarnos y dejarnos huérfanos, después de haber sido para nosotros un Padre tan cariñoso, instituyó el sacramento de la Eucaristía, por medio del cual permanece en medio de nosotros, rogando sin cesar, continuando ofreciéndose á cada instante á Dios su Padre por nuestra salvación, y llamándonos á él para otorgarnos sus gracias, consolarnos en nuestras penas, fortificarnos en nuestras debilidades, ilustrarnos en nuestras dudas, y alimentar nuestras almas con su propia substancia.

He aquí cómo el Corazón de Jesús nos ha amado; he aquí cómo él nos ama; he aquí cómo ama á todos los hombres que existen en la tierra; he aquí cual es su amor por cada uno de nosotros en particular. Pues bien, supongamos que sea un hombre quien nos ama así:

supongamos que sea un amigo, un hermano, quien haya hecho por nosotros lo que Jesús, y aun mucho menos; ¿no pensáis que nuestro deber será devolverle amor por amor, y que seremos horriblemente ingratos obrando de otra manera? Luego, si nuestro deber será devolver amor por amor á un hombre que nos haya amado y hecho mucho bien, ¿cuánto más no estamos obligados á devolver amor por amor al Corazón de Jesús, que nos ha amado y hecho más bien que no podrían hacernos todos los hombres á la vez! Pues bien, uno de los fines de la devoción al Corazón de Jesús es precisamente hacer que correspondamos á este divino Corazón, amor por amor. ¡Qué otra cosa más justa, más noble y más tierna puede darse! Y aun cuando esta devoción no se recomendará por ningún otro título, no sería suficiente para hacérnosla abrazar con la mayor diligencia. ¡Ah! si, cristianos, seamos devotos del Sagrado Corazón de Jesús, y amémosle con todo el ardor de nuestro propio corazón. Nunca le amaremos bastante, nunca le amaremos demasiado, hagamos lo que hagamos, porque jamás nuestro amor podrá igualar al suyo. Hagamos, por lo menos, lo que podamos, dándole nuestro corazón, que por lo demás él nos lo pide de una manera tan tierna cuando nos dice: *Hijo mío, dame tu corazón*. Pero démoselo de una manera más completa y sin reservas, para que sea el dueño para siempre.

El segundo fin, pero quizás el principal de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es reparar todos los ultrajes que este divino Corazón ha recibido y continúa recibiendo, principalmente en el sacramento de la Eucaristía, llamado también el sacramento de su amor: Que el corazón de Jesús nos haya amado como lo ha hecho, es lo que no podía ciertamente concebirse antes de su realización; después, se siente, mejor que no se explica, que una bondad infinita pudiera sin duda llegar á eso. Pero, lo que no puede comprenderse de ningún modo, es que los hombres, amados por el Corazón de Jesús como lo han sido, y como lo son siempre, hayan podido llevar la ingratitud, la dureza y la insolencia respecto de él, hasta el punto de desconocer, desdeñar, despreciar y aun negar su amor! Sin embargo, nada es más común, y esta monstruosidad se ve por todas partes adonde se dirija la mirada. Los herejes, en efecto, niegan resueltamente que Jesucristo haya sido bastante bueno para dárseos en la Eucaristía, y para mostrar bien cuáles son sus sentimientos respecto de él, no hay ninguna clase de tratamientos ignominiosos que no hayan infligido al sacramento de su amor. Los cristianos impíos, sin negar de una manera absoluta el sacramento del amor de Jesús, lo menosprecian, lo ridiculizan y se burlan de él. La masa de cristianos

indiferentes lo desdeñan y no se toman el trabajo de pensar en ello. Por último, ¿cuántos cristianos, aun entre los que practican la religión, permanecen frios por Jesús sacramentalmente, no asistiendo á la mesa santa más que cuando la Iglesia les obliga, bajo pena de pecado mortal, y no se toman molestia jamás de ir á sus pies á ofrecerle sus homenajes, y pedirle las gracias que les tiene reservadas, y que desea conceder para ayudarles á conseguir su salvación! ¡Ah! como una tal frialdad é indiferencia, un olvido semejante deben ser crueles al Corazón tan tierno de Jesús!

Pero, ¿qué sentimientos, por otra parte, esta negra ingratitud de los hombres hacia el Corazón de Jesús, no debe inspirar á las almas rectas y sinceras? ¿No es verdad que, en su dolor y amargura deben sobre todo sentir la necesidad de pedir perdón al Corazón de Jesús por los culpables, y de amarle doblemente, para indemnizarle del amor de que es frustrado por tantos desgraciados ingratos? Pues bien, esta necesidad de reparación se encuentra plenamente satisfecha en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que tiene por objeto honrar lo más que se pueda y consolar á este divino Corazón. Esta necesidad es, por otra parte, un deber. Si se ultrajara á un amigo, á vuestro hermano, á vuestro padre, ¿no os creeríais obligados á compartir su dolor, á tomar en ello parte, y, al mismo tiempo, ensayar dulcificáoselo por un aumento de ternura y de afección? Pero Jesús no es para nosotros á la vez un amigo, un hermano, un padre, y, más que esto todavía, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Dios? ¿Qué obligación no tenemos, por consiguiente, para aligerarnos con él por sus penas, para compensar con un amor mas ardiente la criminal indiferencia de los hombres, y para reparar con adoraciones más profundas los ultrajes de que está lleno su divino Corazón! Pues bien, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús tiene precisamente también por objeto hacernos cumplir esta obligación. Ved, pues, cuán justa es esta devoción y cuán santa en sus fines, y cómo debe sernos preciosa, puesto que practicándola cumplimos, ya con los deberes que tenemos de testificar al Corazón de Jesús, nuestro propio amor, ya con nuestro particular deber de reparar las injurias que recibe de los pecadores. ¿Qué extraño, pues, que esta devoción tan excelente por sus fines, y que nos impone prácticas tan santas, produzca los más saludables frutos?

Estos frutos son tan numerosos como preciosos: nos limitaremos á señalar solamente los principales.

Desde luego, la devoción al Sagrado Corazón produce la dulzura, porque es la primera virtud que brilla en este Corazón divino, según

lo que el mismo Salvador nos ha dicho: *Aprended de mí, que soy dulce... de corazón*. Si, así pues, la dulzura brilla de un modo particular sobre todas las virtudes en el Corazón de Jesús, ella atrae de una manera singular la atenta consideración de los que practican la devoción a este divino Corazón, y les mueve a dedicarse con empeño á la adquisición de esta virtud. Así que, aunque no hubiese el Salvador revelado, como lo ha hecho, el fondo de su corazón, todas sus acciones hubieran hablado por él. Era, en efecto, tan dulce, sobre todo para los pobres pecadores, que sus enemigos hacían de ello un crimen y tomaban motivo para acusarle de ser su amigo. Pero en donde su dulzura apareció de una manera más conmovedora, fué durante todo el tiempo de su pasión. Ved cómo se conduce con Judas que le vende, con los soldados que vienen á prenderle, con los criados que le abofetean y le escupan á la cara, con los magistrados y los príncipes que se lo envían de unos á otros para juzgarle, con Pedro que le niega, con los verdugos que le crucifican: con todos no tiene más que palabras de paz y de perdón, y por todas partes se muestra como un cordero dispuesto á sufrirlo todo sin hacer oír la menor queja. ¿No vemos también que, en la santa Eucaristía, sufre, sin jamás defenderse como pudiera hacerlo, de que se le trate sin respeto y que se le ultraje también, sea recibéndole con una conciencia manchada, sea profanando las santas especies y de mil maneras impías igualmente todas? Pues bien, yo pregunto: los que son devotos del Divino Corazón de Jesús, y que, por consiguiente, ocupan sus pensamientos habitualmente en todo lo que acabamos de recordar, ¿pueden no ser dulces á su vez? No: sino que se convierten forzosamente y, en cierto modo, sin tener necesidad de quererlo. La atmósfera en la cual vive su alma, basta para impregnarla de dulzura, como un vestido se impregna de olores deliciosos, cuando se le tiene encerrado en un lugar perfumado.

Otro fruto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es la humildad. Esta virtud forma el segundo carácter del retrato que Jesucristo nos ha trazado de su Corazón, cuando ha dicho estas palabras que hemos citado poco ha: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón*. La humildad, unida á la dulzura, he aquí, según Nuestro Señor, las dos virtudes características de su Corazón. No es necesario más que echar una ojeada sobre su vida para ver que toda ella ha estado consagrada lo mismo á la humildad que á la dulzura. Él, que hubiera podido nacer de padres ilustres, ha elegido por madre á una pobre mujer que vivió del trabajo de sus manos y casada con un sencillo carpintero. Él, que hubiera podido venir al mundo sobre el

más poderoso trono de la tierra, ha querido nacer aquí bajo en un establo, en medio de la mayor desnudez. Él, que podía habitar la capital más renombrada, ha querido pasar treinta años de su vida en una aldea tan despreciada, que se decía que de ella no podía venir nada que valiera. Él, que ahora podría permanecer en la Eucaristía con magnificencia, prefiere estar sin gloria y oculto. Luego, este espectáculo de universal y constante humildad, ¿qué puede producir en un corazón que le contemple habitualmente, sino la humildad? ¿La experiencia no prueba, en efecto, que se hace uno sobre el modelo de lo que se ama y de aquellos con los cuales se vive? Pues bien, el Corazón de Jesús siendo completamente humilde, los devotos de este divino Corazón son necesariamente movidos á practicar esta virtud.

Un tercer fruto, por último, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es la caridad. Si el Corazón de Jesús es un modelo de dulzura y de humildad, ¿cuánto más lo es de caridad! La caridad, en el Corazón de Jesús, no es solamente una virtud, es una pasión, y una pasión que gobierna toda su vida, que es el principio de todas sus acciones. ¿Quién dirá cuál ha sido el amor de este Corazón Sagrado respeto á Dios, su Criador y su Padre? Desde el primer instante que el Corazón de Jesús ha comenzado á latir, no ha cesado nunca de elevarse hacia Dios, de unirse á él, de ocuparse en sus intereses y de ofrecerse para su gloria. ¿Quién dirá igualmente cuál es el amor de este divino Corazón para con los hombres, sus hermanos? ¿No es este amor quien ha empujado á Jesús á trabajar, como lo ha hecho, por su redención y por su salvación? ¿No es este amor quien le ha hecho sufrir las fatigas de su vida apostólica, sobrellevar las persecuciones de sus enemigos y sufrir los crueles tormentos de su pasión? ¿No es este amor quien le ha hecho verter su divina sangre hasta la última gota? ¿No es este amor quien le ha hecho sustituir el maravilloso sacramento de la Eucaristía, y quien le retiene en medio de nosotros prisionero en nuestros tabernáculos, para derramar sobre nosotros gracias, todas las veces que queremos ir á pedirselas? Pues bien: yo pregunto, por última vez, qué fruto producirá necesariamente en un corazón, la consideración asidua de este amor, de estas manifestaciones y de estos actos. Será evidentemente la caridad, la caridad por Dios y por el prójimo, y no una caridad especulativa y ociosa, sino una caridad efectiva y constantemente activa. Pues bien: puesto que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús consiste precisamente en meditar de una manera asidua las perfecciones y las virtudes de este divino Corazón, en particular su caridad, que las resume todas, se ve que es verdaderamente justo decir que la caridad es uno de los frutos lógicos y naturales de esta devoción.

Helo aquí todo á la vez, cristianos, los fines y los frutos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es decir, lo que se propone con esta devoción y lo que se gana practicándola. Lo que se debe proponer, es dar al Corazón de Jesús amor por amor, y ofrecerle reparaciones por los ultrajes que se le prodigan. Lo que se gana es llegar á ser semejantes al Corazón de Jesús, por la participación de sus virtudes preferidas, la dulzura, la humildad y la caridad. Fines tan elevados y tan justos, frutos tan preciosos y tan saludables, ¿pueden dejar de movernos á la devoción al Sagrado Corazón? Para permanecer insensibles, nos sería preciso ser tan indiferentes al honor de Dios como á nuestros propios intereses. Pero semejante indiferencia no podría encontrarse entre cristianos, ni tampoco entre hombres justos y prudentes. Inscríbámonos, pues, desde ahora, en el gran ejército de los devotos al Corazón de Jesús: este ejército es el que está llamado, en nuestros días, á salvar de la barbarie revolucionaria á la sociedad cristiana, esperando que cada uno de sus miembros vaya á recibir en el cielo su recompensa. Así sea.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

ESTA DEVOCIÓN ES LA MÁS PROPIA

PARA UNIRNOS

Á JESUCRISTO POR LOS VÍNCULOS DE SU AMOR

Dabo vobis cor novum.
Os daré un corazón nuevo.

(EZECH. XXXVI, 26).

A pesar de la tenaz oposición, hermanos míos, que la fuerza ó el saber humano suscitaron en un principio contra la tierna y afectuosa devoción del santísimo Corazón de Jesús, vémosla hoy con júbilo flo-

recer admirablemente por todo el orbe católico. Unos trataron de ridiculizarla presentándola cual parto extraño de una imaginación mujeril; otros, entre los cuales contábanse hombres instruidos y considerados, acusábanla de error, y los más prudentes y cautos la tenían por sospechosa, ó vana, ó enteramente inútil. Loor y gloria, pues, á la mujer fuerte, á la virtuosísima Margarita de Alacoque, á quien Dios escogió para cimentar sólidamente tal devoción y propagarla maravillosamente por toda la cristiandad. Con efecto, en mucho menos de un siglo, después de haber desvanecido las dudas y superado los obstáculos que se le oponían, vémosla pasar de Francia, donde nació y se desarrolló felizmente, á las comarcas de Italia; de aquí propagarse rápidamente á España, Germania, Bohemia y Lituania; luego, partiendo de Europa y atravesando la inmensidad de los mares, la vemos derramarse por las más remotas regiones del Canadá y de la China, y establecerse en ellas gloriosamente sobre las ruinas de la idolatría. Si, hermanos míos; sobre trescientas eran ya en tiempo de José Gallifet, según escribía este fiel narrador de las glorias de esta devoción, sobre trescientas eran las piadosas asociaciones instituidas para la práctica de la misma, muchas las ciudades y provincias que se habían obligado á celebrar su fiesta, muchísimos los obispos que la habían recomendado con honrosos decretos. A todos estos timbres hay que añadir los breves de muchos Sumos Pontífices, quienes, además de confirmarla, la ilustraron y enriquecieron con tesoros de indulgencia. Ahora, pues, que esta devoción está en pacífica posesión de sus gloriosas conquistas, ¿de qué serviría salir á su defensa y rechazar los ataques de unos enemigos que ya no existen? Vuestra piedad, hermanos carísimos, no pide disputas sutiles, sino tiernos afectos que enciendan y aviven en vuestros corazones el amor á esa devoción. Eso supuesto, prescindiendo de toda otra consideración, voy á proponeros sencillamente dos ideas que demuestran la excelencia y utilidad de una devoción por cuyo medio se realiza la renovación de nuestros corazones, que el Señor nos tiene prometida por boca de Ezequiel: *Dabo vobis cor novum*. Digo, pues, que esta devoción es la más propia para unirnos á Jesucristo por los vínculos del amor (primera reflexión). Esta devoción es la más adecuada para estrechar y mantener esta misma unión (segunda reflexión). ¿Y qué mayor excelencia puede darse, supuesto que en esta unión está cifrada nuestra perfección? ¿ni qué mayor utilidad, toda vez que en la intimidad y subsistencia de la propia unión se halla cimentada nuestra felicidad? Este es, hermanos míos, el tema que voy á explanar en el presente discurso. Prestadme, os ruego, benévola atención: *Ave María*.

María Margarita de Alacocque, religiosa de la Visitación, residente en Parai, ciudad de Borgoña, virgen dotada de grandes virtudes y gracias celestiales, hallábase un día de la Octava de Corpus orando con el mayor recogimiento delante del santísimo Sacramento expuesto en aquellos días á la pública veneración, cuando el divino Esposo, que gustaba de conversar á menudo familiarmente con ella, fortaleciendo con una luz superior sus débiles ojos, le hizo ver su corazón atravesado por una profunda herida y despidiendo llamas de ardiente caridad, y le dijo: Contempla mi corazón; mira cuál arde y se consume de amor por los hombres; y sin embargo, en pago de este grande amor tan sólo recibo de ellos ingratitudes y pecados, sobre todo en aquel Sacramento donde más lo he prodigado. ¡Ay de mí! ¡qué cruel angustia padece por ello mi corazón! Mas si tú, hija mía, tienes compasión de mí, y quieres dar algún alivio á mis aflicciones, pídotte que consagues el primer viernes siguiente á la octava de mi cuerpo, á honrar mi contristado corazón; y si procuras que otros te acompañen en esta piadosa obra, desde ahora te prometo derramar sobre ti mis más preciosas gracias. Tal es, hermanos míos, el verdadero origen de la devoción al sagrado Corazón de Jesús. Sin embargo, conviene advertir que esta devoción no nos ofrece el corazón de Jesucristo como una parte preciosísima de su cuerpo, segregada de los otros miembros y separada del alma, sino que nos lo presenta divinizado por su unión con la persona del Verbo vivo, y animado de aquella vida, que, según la expresión del Angélico, es vida toda del corazón, vida del amor. En segundo lugar, nos lo presenta piadosamente aligido al ver que los hombres, lejos de mostrarse agradecidos á su amor, lo pagan con frialdad é indiferencia, y hasta con injurias y ultrajes. ¿Y no son éstos, hermanos carísimos, los medios más eficaces que semejante devoción puede ofrecernos para unirnos estrecha y amorosamente con Jesucristo? ¿Será posible que ese amor ardentísimo, que según la expresión del Profeta, ha derretido su corazón cual blanda cera, no encienda en nosotros fervientes afectos de gratitud? ¿Será posible que al ver la pena acerbísima que ese amante corazón padece por causa de la ingratitud de una gran parte de los hombres, no procuremos aliviarla en cuanto podamos con nuestro reconocimiento?

Compadecido Dios del mundo después del diluvio, y volviendo á él sus misericordiosos ojos, determina y promete que por muchas que sean las iniquidades de los hombres, no volverá á exterminarlos con otro diluvio universal; y en prenda de la promesa que hace á Noé y sus descendientes, pone en las nubes del cielo el arco de paz y

alianza. Mira, oh tierra, este arco propicio, contempla en él la señal visible de la bondad de Dios, y deja, si puedes, de tributarle bendiciones y acciones de gracias. Decídmelo, pues, hermanos míos, ¿acaso Jesucristo no procede con nosotros de una manera semejante? Mucho nos ha amado, mucho nos ama; ¡ah! ¿porqué no correspondemos nosotros á su amor? ¿Porqué los miles de objetos hermosos que nos rodean, al paso que tanto llaman nuestra atención hacia sí, dejan impresa en nuestra mente tan débil idea del amor de Jesucristo? Nuestro Salvador nos dice: Opondré sentido á sentido, y entre las nubes de las cosas creadas, haré brillar á los ojos de los hombres una señal tan resplandeciente, que les embelesará juntamente la vista y el espíritu. Esta señal es mi propio corazón, que abriga dentro de sí una llama inextinguible y por un prodigio más admirable que el de la zarza de Moisés, arde siempre sin consumirse jamás. ¡Ah! ¿podrís contemplarlo, hermanos míos, sin que mil dulces recuerdos acudan á vuestra memoria y embarguen vuestro espíritu? Considerad que este corazón es una parte nobilísima de aquella humanidad de que el Hijo unigénito del Padre se revistió para salvarnos; es aquel corazón que tanta y tan pura alegría experimentó, é infundió tanto valor al cuerpo para recorrer con heroica firmeza la ardua y fatigosísima senda de la redención; es aquel corazón que padeció tantas ansias y congojas por el vivísimo deseo de lavar nuestras culpas en un lavacro... ¡ay de mí vosotros, azotes, vosotras, espinas, vosotros, clavos, le formasteis este doloroso lavacro, rompiéndole las venas, por las cuales salió á torrentes su preciosa sangre. ¿Podría yo, empero, enumerar los recuerdos todos que suscita la vista de este corazón, corazón que ha dado movimiento y aliento y término á una vida consagrada entera y exclusivamente á nuestro amor? Mas no; no ha dado término á esta vida divina, pues revive inmortal á la diestra del Padre, y sigue ocupándola en beneficio nuestro, no sólo en el cielo, donde Jesús es nuestro medianero, propiciación y salud nuestra, sino también aquí en la tierra, donde con admirable consejo de ingeniosa omnipotencia supo hallar medio de permanecer con nosotros, digo poco, de comunicarse íntimamente con nosotros; diré más, de transformarse casi en nosotros por una infalible sacramental unión de su cuerpo con nuestro cuerpo, de su alma con nuestra alma, de su divinidad con nuestra humanidad. ¡Oh, humanidad! no debes ya temer tu ruina, pues que sin necio orgullo puedes aspirar á los honores de la divinidad! Mas ahora que este Hombre-Dios nos lo ha dado todo consigo mismo, ¿se verá, por fin, recompensado su corazón? Responded, hermanos míos. Agotados están los inmensos tesoros de su liberalidad,

sin que por esto se hayan visto ni con mucho satisfechas las aspiraciones de su amor. Jesucristo nos lo ha dado todo para obligarnos á amarle; estas son sus miras; á esto se encaminan sus deseos, y casi diré los esfuerzos de su incansable munificencia; ¿y qué es lo que obtiene en recompensa? Tibieza, indiferencia, desvío, y ¡ay de mí! horror causa el pensarlo, injurias, desacatos é iniquidades sin fin. ¿Qué hará, pues, Jesús para vencer la obstinada dureza de estos corazones incircuncisos? ¡Ah! cambia, al fin, el amor ofendido en una justa indignación, y los misericordiosos designios en anatemas de maldición! Así opinaba el apóstol San Pablo, y así lo aconseja la recta razón; mas no así opina Jesucristo, que sólo consulta los impulsos de su corazón. Antes que castigarlos, dijo, prefiero atraérmelos por otros medios. Les haré ver cuánto me contrista y aflige su ingratitud; les mostraré mi corazón rodeado de espinas y chorreando sangre por las profundas heridas que ellos le han causado. ¡Ah! no podrán resistir, no, á tan lastimoso espectáculo; la compasión triunfará, al fin, de su insensibilidad. En cuanto á vosotros, oyentes míos, no me cabe duda que os habéis ya rendido á tantas manifestaciones de amor; pues así me lo aseguran los tiernos sentimientos que veo pintados en vuestros semblantes. ¡Oh devoción! que nos inspiras sentimientos y afectos tales, que ablandan é inflaman los corazones más duros y tibios! ¡Oh corazón de Jesús! al ver el amoroso fuego que te abrasa, ¿cómo no arderé yo en amor por ti? Y al contemplar tus heridas y tu sangre, ¿cómo no he de arrepentirme de mi pasada ingratitud? Siento ya, Jesús mío, la suave violencia de aquella caridad, que, como al Apóstol, me inclina y me mueve y casi me obliga á unir en amor mi corazón con el vuestro. Unión estable y firmísima, que, según dije al principio, es otro de los saludables efectos de esta devoción, como os lo demostraré brevemente.

Si, conforme acabáis de ver, Jesucristo, con los estímulos de esta devoción no aspira más que á unirnos con él por los vínculos de la caridad, fácilmente comprenderéis con cuánto empeño ha de procurar la subsistencia de esta unión. Bien claramente lo manifestó él mismo á la inclita virgen Margarita de Alacoque. Yo te prometo, la dijo, que mi corazón se complacerá en derramar abundantemente mis gracias sobre aquellos que lo honren y veneren. Bien lo experimentó ella misma primero que otro alguno, creciendo maravillosamente, por medio de esta devoción, en amor y en heroicas virtudes. Experimentólo Claudio la Colombière, hombre, como escribe el erudito obispo Languet, de claro entendimiento, de extensos y variados conocimientos y de consumada virtud, confesor de Margarita, y de

quien ella se valió, por mandato del mismo Jesucristo, para propagar la nueva devoción; experimentáronlo comunidades enteras, y sobre todo la Orden respetabilísima de la Visitación de María, y lo experimentaron, por último, personas de todas clases y estados, que por este medio obtuvieron tesoros de gracia, de perfección y de salud, según aquel dogma apostólico: *De plenitudine ejus omnes accipi-mus*. Sólo de la plenitud de Jesucristo puede provenirnos la gracia; mas si queréis llegar hasta la fuente de ella, introducidos en el abier-to costado del Redentor y penetrad en su corazón. Ved aquí, dice San Agustín, *vita ostium*, la puerta feliz de la vida; ved aquí de donde emanaron los Sacramentos para nuestra Santificación; ved aquí, añado yo con el apóstol San Juan, una fuente de agua vivificante y eterna. No es esta, no, una fuente cerrada y sellada; una lanza homicida la abrió, y una voluntad clementísima quiso que permaneciera abierta. Venid, pues, hermanos míos, acercaos á esta fuente. ¡Con qué alegría de vuestra alma sacaréis de ese inagotable manantial abundantes aguas de expiación, de sabiduría, de suavidad, de consuelo, de fortaleza, de protección y de gloria! Convertidos en otros hombres totalmente distintos de los que antes eráis, os maravillareis de vosotros mismos. Alabad al Señor Dios nuestro, os diréis unos á otros, transportados de júbilo; merced á él, hemos encontrado el secreto tesoro de todas las virtudes y de todas las gracias; sabedlo, ¡oh pueblos! y aprovechaos de este conocimiento. ¡Feliz el que, guiado por esta devoción, cual otra santa paloma vaya á albergarse por entre los agujeros de las piedras en la mística concavidad del corazón de Jesús! ¡Oh! ¿cuán bueno y cuán agradable es habitar en este corazón! decía San Bernardo abad, y lo repetirán todos cuantos hagan con él la experiencia. ¿Qué más puedo yo desear? Este corazón es el corazón de un rey magnífico que dá todas las riquezas, de un hermano tiernísimo que se consume de amor, de un amigo fiel, que nunca falta á la amistad. He lo encontrado, si, y nunca jamás lo abandonaré. Mundo, infierno, vanos serán cuantos esfuerzos hagáis para separarme de él. En cualquier estado en que me halle, pobre, enfermo, desamparado ó afligido, tendré siempre en el corazón de Jesús un asilo seguro, tranquilo y consolador. En él me refugiare, en él descansaré, en él acabaré en paz los días de mi vida: *Hæc requies mea: hic habitabo. Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DULZURAS Y FINEZAS DE SU AMOR

*Venite ad me, omnes qui laboratis et
onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite
jugum meum super vos, et discite à me,
quia mitis sum et humilis corde, et inveniatis requiem animabus vestris.*

Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cansados, y yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas.

(MATTH. XI, 28, 30.)

¿Qué intento tan temerario, hermanos míos, qué empresa tan imposible he tomado á mi cargo al ocupar en este día la cátedra de la verdad? ¡Señor! ¿Esperaré por ventura correr el velo que os oculta á nuestra vista? Siendo polvo y ceniza, peregrino y desconocido hasta de mí mismo, ¿me lisonjaré de conoceros y de dar á conocer vuestro corazón? ¡Corazón abrasado de Jesús! ¡Amor puro y santo! ¡Caridad celestial! Yo me confundo y anonado al contemplarte. ¿Cómo me he de atrever yo á manifestar los arcanos de tus ocultos caminos? Temo profanar tu gloria, y conozco que sólo un apóstol que sabía amar, sólo un discípulo que era amado, sólo un espíritu bañado de tus luces podrá ponderar algún tanto lo que sois y lo que obráis en las almas que se entregan del todo á vuestra dirección, y se abrazan en vuestros celestiales incendios. Yo no me avergüenzo de confesar, que después de tanto tiempo aun no conozco á Jesús, á este Dios escondido. Someto mi entendimiento á las verdades eternas que me revela la fe, pero mi tibio y débil corazón no arde en aquel amor divino que comunica su inteligencia. Perdonadme, hermanos míos, si no lleno vuestros deseos, y si para formar el elogio de ese Divino Corazón tomo un camino nuevo, pero útil, y en vez de entrar á sondear su profundidad, las dulzuras y finezas, los excesos de su amor,

os hago ver el interés propio que á vosotros mismos os resulta de amarle. Si logro que vuestros corazones se enciendan en el amor de Jesús, nada más deseo ni nada más necesitáis para vuestra dicha.

Hoy voy á conducirlos por el camino de vuestro propio bien. ¿No es verdad que abrigáis dentro de vosotros mismos una inclinación á todo lo bueno? ¿No lo es que involuntariamente apeteceis vuestra felicidad? ¿No lo es también que trabajáis y os afanáis por encontrarla? Pues venid, os diré lo mismo que Jesucristo en las palabras del Evangelio que he elegido por tema: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cansados, que yo os refrigeraré. Tomad mi yugo sobre vosotros, aprended de mí, imitadme á mí manso y humilde de corazón, y aquí hallaréis la felicidad y el descanso para vuestras almas. *Et invenietis requiem animabus vestris.* Tengo descubierto el asunto de mi discurso.

Estoy en vuestra presencia, soberano Señor, ante quien tiemblan y enmudecen los Angeles; y ¿qué podré yo hablar, miserable pecador, sin los auxilios de vuestras luces? Auxilios que sólo me atreveré á pedir por la intercesión del sagrado corazón de María Santísima. Por el amor y los merecimientos de esta divina Señora dispensadnos vuestra gracia. *Ave Maria.*

El mejor empleo que podemos hacer de nuestro corazón es entregarle enteramente á Dios... Digo, pues, con el padre San Agustín, que si pudiésemos disponer de nuestro arbitrio de nuestro corazón, el mejor uso que podríamos hacer de él era entregarle enteramente á Dios, no sólo para ser perfectos y santos, sino también para ser felices y vivir con tranquilidad en esta vida. Convengo en que esta tierra que habitamos es un lugar de destierro y más feroz de sinsabores que de placeres; en que la felicidad verdadera y permanente está reservada para la patria celestial; en que la felicidad perfecta, como enseña el angélico doctor Santo Tomás, excluye todo mal y sacia todo deseo, y que la vida presente está sujeta á innumerables males que no podemos evitar: á la ignorancia por parte del entendimiento, á los afectos desordenados por parte de la voluntad, y á infinitas penalidades por parte del cuerpo. Que el deseo del bien no podemos saciarle en esta vida, en la que nada hay estable ni permanente, y todo está sujeto á la corrupción y la muerte: pero es preciso convenir en que si hay ó puede haber alguna felicidad aunque imperfecta en esta vida, como admite el mismo santo Doctor; si el hombre es capaz de gozar en esta vida las primicias de la paz y del contento interior, las hallará ciertamente, no en las riquezas, en los

hombres, en la fama, en la potestad, en los deleites, sino en el amor y correspondencia á ese divino corazón de Jesús.

El hombre que ama con sinceridad y hace depositario de su corazón á Jesús, su Dios y Señor, conoce y confiesa su poder, su bondad, su providencia, su justicia y todas sus infinitas perfecciones y atributos. ¿Qué le faltará, pues, para vivir en la dulce calma que caracteriza al corazón del justo? ¿Qué podrá perturbar su alegría y su reposo? ¿Qué males le pueden afligir? ¿Qué bienes no puede esperar? Al verse bajo la protección poderosa de un Dios justo, se gloriará en el Señor, en la prosperidad y en la desgracia: si sus enemigos se levantan contra él, no temerá, porque está firmemente persuadido de que está de su parte el Señor. Si desaparecen sus bienes, no por eso desaparecerá la tranquilidad de su corazón, porque cree que el Padre celestial apacienta á los animales y las aves que ni siembran ni recogen, y viste y adorna majestuosamente á las flores del campo. Cuando llegue á verse próximo á concluir su carrera y exhalar el último suspiro, crecerá su gozo y consolación contemplándose más inmediato á gozar del complemento de sus ansias y deseos, y dirá como el Apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. Al hombre que ama á su Dios ni le abaten las desgracias, ni le ensorbecen las honras, ni los enemigos le arredran, ni los aplausos, ni los insultos y desprecios, ni la vida ni la muerte arrancan de su corazón el sosiego y la quietud en que rebosa; ¿qué más puede desear para ser feliz en esta vida?

Esta es la doctrina que inculcaba con más energía el Apóstol á los primeros fieles: No os fatigúeis, hermanos míos, les decía, no os fatigúeis en buscar sendas y caminos para llegar á ser perfectos; sea todo vuestro estudio y cuidado el echar hondas raíces en el amor de Dios, y aquí lo encontraréis todo. *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. El cristiano que ama de veras á su Dios, no carecerá de ningún género de virtudes. Será celoso para ofrecer á Dios el holocausto de su corazón, porque es imposible amarle y no entregárselo todo; hallará gusto en los rigores de la penitencia, porque es imposible amar á un Dios crucificado, sin amar su cruz; perdonará á sus más injustos perseguidores, porque en los enemigos que le aborrecen no vera sino la mano vengadora, aunque de padre piadoso, de un Dios á quien ama; será manso y pacífico, porque nuestros antojos y desabrimientos proceden del amor propio á quien reprime y destruye el amor de Dios; será amparo de pobres, porque no tendrá corazón para ver correr las lágrimas de aquellos por quienes Jesu-cristo derramó su sangre; será hombre de retiro y oración fervorosa,

porque cuando se ama á Dios se le habla con gusto, y se le oye con deleite. En una palabra: para tener todas las demás virtudes, solamente le faltará la ocasión de practicarlas, y si no las tiene, procurará tener este mérito por medio del deseo y de la voluntad. Todo lo hallará en el amor á su Dios. Luego en este amor se encuentra la felicidad de esta vida. *Et invenietis requiem animabus vestris*.

Una caña frágil que está para caer y derribarse en tierra, una hoja que se deja arrebatar de todo viento es la imagen del corazón del hombre considerado en sí mismo. ¿En dónde hallará el apoyo y guía que le sostenga y conduzca á la quietud y descanso? ¿Acaso en el bullicio, en el estrépito y en los desahogos y diversiones del mundo? Pero para un gusto momentáneo ¿cuántos días hay tristes y desasosegados? ¿Deleites vanos que sólo llegan á la superficie del alma, y que por vivos y activos que sean, no penetran hasta sus profundos senos! ¿Los penetrará acaso el halagüeño gusto de la amistad? ¡Ay, amados míos! Quiera la Providencia preservar milagrosamente vuestro corazón de tantas falsas y aparentes amistades que son la burla del alma y el velo de la traición; de tantas amistades interesadas que se terminan en la fortuna sin llegar hasta la persona. Desengañaos, os diré con San Agustín; por más escollos que evite vuestro corazón, no se verá libre de tempestades, ni dejarán de oprimirle pesadumbres y desabrimientos hasta que descance en el amor de su Dios: *Irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te*. Si, sólo este amor divino puede dar la paz á vuestras almas, porque en él sólo hallaréis la dulzura de la más grata y sincera correspondencia. El pobre y el rico, el súbdito y el monarca, el grande y el pequeño, el sabio y el ignorante, el hombre más defectuoso y el de mayores prendas, hombres de todos caracteres, de todos estados, de todas condiciones, á ti, hermano mio, quien quiera que seas, á ti te ama Dios con toda la efusión de su corazón; aun no le conocías, y él te amaba: *Prior dilexit nos*. No pensabas en él, y él te escogió para sí. Aunque es tu Criador, no quiere ser ni llamarse tu dueño, sino tu amigo: *Jam non dicam vos servos, vos autem dixi vos amicos*; y ansioso por mostrarte el amor más fino, te brinda generosamente con todos sus tesoros. No, no temas aspirar á la conquista del corazón de tu Dios: tuyo es si le quieres, y todo él está á tu disposición; él mismo se anticipa á tus deseos, él te llama, te convida: *Venite ad me omnes*; él te pide tu corazón para obligarte á que le pidas el suyo: *Fili, prebe mihi cor tuum*. Su amor es inmutable y constante; jamás se apartará de ti si tú no te resuelves temerariamente á apartarte de él, y ¡oh bondad infinita de tan amante corazón!: aun después de haberle ofendido, injuriado

y perdido su amistad, puedes fácilmente recobrarla. Una palabra, una lágrima, un suspiro que salga de un corazón verdaderamente contrito, no es menester más para que este Dios amorosísimo nos admita otra vez á su gracia, olvidándose de la traición que le hicimos y del ultraje con que tratamos á su amor.

El sepulcro, tan funesto para los amigos del mundo, ¿de qué te privará á ti? O por mejor decir, ¿qué es lo que no te dará? En él fenecen los gustos y deleites de las felicidades humanas; pero en él empiezan las prosperidades, el reino, el triunfo del amor divino. Dios estará con nosotros y nosotros con él por toda una eternidad. *Invenietis requiem animabus vestris.*

Si en sentir del Padre San Bernardo, el desenfreno de las pasiones reduce al hombre á una servidumbre vergonzosa, no así el amor del Señor. No os alucinéis creyendo que su yugo es áspero é insoportable y su carga es pesada, no; no creáis que no es dable amar á Dios sin estar sujetos á una rigurosa esclavitud; al contrario, en su amor hallaréis la verdadera libertad y la más suave independencia. El Apóstol os la ofrece, ella os espera y os convida: Amad á Dios, añade San Agustín, y al momento pondrá en vuestras manos el cetro y sus derechos. *Ama, et fac quod vis.* Amad á vuestro Dios y obrad luego según las leyes de vuestro antojo y de vuestro gusto, porque entonces ya no querréis sino lo que Dios quiere, ni apeteceréis sino lo que Dios apeete, ni desearéis sino lo que Dios desea, y aunque no hubiera ley de Dios que os mandara, solamente por agradecerle y complacerle cumpliríais toda su voluntad. Nada, pues, puede dar el descanso y felicidad á nuestras almas sino el amor de Dios.

Voy á manifestaros lo que á primera vista os parecerá una paradoja. El mundo busca toda su felicidad en la satisfacción de las pasiones: pues yo no quiero que viváis sin ellas, quiero que las deis la más completa y debida satisfacción, y en el amor á Jesús las satisfaceréis todas. Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; ó lo que es lo mismo, amor, interés y deseo de gloria son las pasiones del hombre, de donde se derivan todas las demás. Amad á ese divino corazón, os repito, y las saciaréis todas. ¿Deseáis emplear vuestro corazón en amar? Pues buscad un objeto á quien podáis entregaros con una total confianza y completa satisfacción, sin sustos, sin sobresaltos; un objeto que sea digno de vuestro afecto, y abandonaos entonces al júbilo y al gozo interior en que se verá anegada vuestra alma. ¡Y qué! ¿Vuestro corazón espera, pide, busca todavía este objeto? ¿Con que no conoceréis, ni querréis conocer todavía á vuestro Dios? Sólo él es el objeto más noble, el más ex-

celente; su grandeza, su majestad, sus perfecciones le hacen amable en si mismo y por si mismo. Todos los demás objetos ¿qué variaciones no sufren? Mudanzas de fortuna que los levanta y abate sin motivo; mudanzas que el tiempo introduce por el orden inconstrastable de la naturaleza; mudanzas de la voluntad, que á pesar de las promesas y de los más firmes y sólidos juramentos, es más voluble que una hoja de árbol expuesta á los vientos. Si no podéis fijar vuestra misma voluntad y ser señores de ella como quisierais, ¿qué esperanza podéis tener de asegurar la voluntad ajena?

¿Ansiáis por satisfacer vuestro interés y vuestra vanidad? Pues no os entreguéis á unos bienes caducos y perecederos; no os contentéis con el humo de unos incensos corruptibles que hoy tenéis y mañana os faltarán; no mendiguéis vilmente los intereses y las honras; entregad vuestro corazón á Jesús, y vuestra ambición y soberbia quedarán más que sobradamente satisfechas y contentas. ¿Quién podrá daros más que un Omnipotente Señor, ciego de amor por vosotros, si es lícito explicar así lo inmenso de sus cariños? Todo es suyo, de todo puede disponer á su arbitrio; los límites de su poder es su voluntad; la masa de donde extrae las criaturas, la nada; su imperio todo lo que existe; el cielo y los astros, dice la Escritura, son el lecho donde reposa; la tierra y los mares la base de su trono; las alas de los vientos y las impetuosas olas, el apoyo y descanso de sus pies; las luces del sol y de las estrellas, un destello amortiguado de su resplandor; las prosperidades y la decadencia de las monarquías, una risa de su providencia; lo pasado, lo presente y lo futuro, un instante indivisible que registra con una simple mirada; él es el autor de todo, él no depende de nadie, él sólo es feliz, porque nada puede aumentar ó acelerar su felicidad, y porque ninguna cosa de cuantas son capaces de felicidad puede ser feliz sino por él. El sólo es justo, santo, perfecto, libre... Y á pesar de tanta grandeza, gloria, majestad, santidad y perfección, se digna por su amor ser nuestra comida, nuestra bebida, nuestro alimento en la sagrada Eucaristía, pudiendo así unirnos, estrecharnos y hacernos una misma cosa con él. Indagad, pues, hermanos míos, si hay en el mundo ó fuera de él objeto alguno que pueda llenar más cumplidamente la medida de vuestro corazón; si hay bienes semejantes á estos bienes, si hay honras que se parezcan á estas honras, y si fuera de aquí hallaréis una vida y felicidad eterna.

Dejaré de hablar para que podáis oír á los que, alucinados como vosotros, se dejaron arrastrar por algún tiempo de los encantos del mundo y después se volvieron á Dios; y su ejemplo y sus pala-

bras os persuadirán mejor que yo, que en el amor de Dios encontrarán, no una felicidad imaginaria, una felicidad equívoca y falaz, una felicidad transitoria y sembrada de sinsabores y disgustos, sino la felicidad verdadera, permanente, inalterable, ajena de todo remordimiento, la paz y el descanso de sus almas, que no pudieron hallar entre los placeres del mundo. Un David se aflige y entristece en medio de los deleites y riquezas, y repite mil veces que sólo es feliz el que entrega su corazón al Señor. Un Pablo, después que gusta las dulzuras del amor de Dios, no acierta sino á aborrecer y renunciar las del mundo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo*. Preguntad á la Magdalena qué se han hecho sus amadores, dónde fueron á parar sus adornos y sus galas, cuándo volverá á sus antiguas amistades y diversiones, y os dirá con su ejemplo que ya no acierta en otra cosa sino en amar mucho á Jesús y buscarle hasta en el sepulcro.

Oid á la Samaritana suspirar con más ansia por las dulzuras de la virtud y la gracia que por los deleites del vicio. *Domine, da mihi hanc aquam*. Á un San Agustín confesar que su corazón estuvo inquieto, aun en medio de los encantos más halagüeños del placer y del desenfreno, hasta que descansó en el amor de su Dios. Veréis reyes á quienes el amor y celo por la honra y gloria de su Dios, llenó más su corazón que la magnificencia y aparato de sus tronos. Veréis pecadores convertidos en mártires saltando de alegría en medio de los más acerbos tormentos, porque en el amor á Dios hallan todo su placer. Veréis vírgenes en la primavera de sus años huir y detestar los deleites que las solicitan, por entregar todo su corazón al Esposo divino de sus almas. Veréis enfermos y moribundos que esperan con una santa resignación el término de sus días, porque en el amor al Señor hallan todos los socorros de sus almas: *Et invenietis requiem animabus vestris*.

Digamos, pues, que si hay felicidad en esta vida, solamente se encuentra en el amor del Señor; que ni el mundo, ni los deleites, ni las riquezas, ni los aplausos pueden aquietar nuestro corazón, y que para aprender á ser feliz no hay otra escuela que la del Sagrado Corazón de Jesús.

No pretendo decir con esto, que sea preciso ser individuo de alguna esclavitud ó corporación destinada á dar culto especial al Corazón de Jesús. Bueno es unirse los fieles con un objeto tan piadoso y cultivar una devoción tan útil y que tantos beneficios reporta, y tan enriquecida está de los bienes del tesoro de la Iglesia; pero no es necesario, ni yo exijo tanto de todos. Lo que Jesucristo nos manda es: Que vengamos á él todos: *Venite ad me omnes*. Que cumplamos su

ley santa: *Tollite jugum meum super vos*. Que sigamos su ejemplo y seamos humildes y mansos de corazón: *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde*. Esto es lo que podemos hacer todos en cualquier estado y condición. Pues ¿qué delirio enemigo de nuestra paz nos agita cuando le robamos á Dios nuestro corazón y le sometemos á la servidumbre vergonzosa del mundo? Hombres engañados, ¡qué mal os queréis cuando inclináis vuestro corazón á las cosas de la tierra! ¿Es posible que hayáis de sujetar ese corazón tan tierno, tan compasivo, tan fácil, tan pronto en recibir las impresiones del temor, de la inquietud; ese corazón centro del amor, que sabe amar con tanta fineza, que con tanta dificultad se desprende de lo que ama; es posible, digo, que le habéis de sujetar al yugo pesado del mundo, de ese mundo extravagante y antojadizo, de ese mundo altanero y soberbio, de ese mundo inconstante y mudable, de ese mundo ingrato y desleal? ¡Infelices sois ciertamente si le amáis, y más todavía si sois amados! Desengañaos ya, que no gozará vuestro corazón de tranquilidad y reposo hasta que descansan en el amor de aquel Dios inmutable y eterno. Venid á él todos, y en él hallaréis el descanso de vuestras almas. Jesús mismo nos llama, nos convida, nos aguarda; acerquémonos á él y hagámosle la entrega de nuestro corazón; postrémonos en su presencia y anhelemos que todos alaben, bendigan y glorifiquen al Santísimo Corazón de Jesús; que todos le amen para ser felices en esta vida y después en la eterna. *Amén*.

SAGRADO CORAZÓN DE JESUCRISTO

AMOR DE ESTE DIVINO CORAZÓN

Y AGRADECIMIENTO QUE EXIGE DE NOSOTROS

Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos: manete in dilectione mea.

Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor.

(S. JUAN, c. 15, v. 9).

Para hablar dignamente, hermanos míos, del amor de Jesucristo y de la ternera de su corazón para con el hombre, debía yo estar, cristianos, inflamado de aquellos santos ardores que abrasaban el corazón del amado discípulo, cuando en la noche de la Cena estaba recostado sobre el pecho de su divino Maestro, ó con el fuego de caridad que animaba al apóstol de las gentes San Pablo, cuyo corazón era el de Cristo, según el Crisóstomo: *cor Pauli, cor erat Christi*. Pero sumergido en las tinieblas de mi propia ignorancia y cubierto con la asquerosa lepra del pecado, ¿qué podré deciros que satisfaga vuestra piedad é inflame vuestro espíritu en el amor de nuestro Salvador, para corresponder en el modo posible á la fineza de su corazón?

Conociendo mi insuficiencia, enmudecería ciertamente, sin osar acercarme al trono de la caridad de Jesucristo, si no me sirviesen de apoyo las palabras de mi tema, capaces por sí solas de encender vuestro espíritu en el amor de Dios y de alentar vuestra confianza en el Señor. *Como el Padre me amó*, nos dice Jesucristo, *así os he amado yo; permaneced en mi amor*. De aquí, concluye San Agustín, que para honrar á Dios es necesario amarle. No puede, pues, formarse justa idea del amor del Sagrado Corazón de Jesús para con el hombre, sin que éste le haga una total entrega del suyo: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. He aquí, hermanos míos, el asunto que dividiré en dos reflexiones. En la primera os haré ver el amor que os tiene el corazón de Jesús, y en la segunda el que exige de vosotros. La materia no pue

de ser más interesante; pide toda vuestra atención y todo mi celo por vuestra salud espiritual. Para sacar todos el deseado fruto, postrémonos con sumisión ante aquel augusto y adorable Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María*.

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, ha mirado siempre como privilegio de ciertas almas perfectas, penetrar la ternera del sagrado corazón de Jesucristo en orden al hombre. Parece, dice un sabio, que reservó Dios á los Bernardos, Buenaventuras, Franciscos de Sales, Juanes de la Cruz y Tercesas de Jesús, hablar dignamente del amor de nuestro Salvador. Su corazón amante, que vela sin cesar sobre la eterna felicidad del linaje humano, se dignó durante su vida mortal manifestarnos ciertos rasgos de su infinita bondad, como otros tantos irrefragables monumentos de su inefable caridad. La Judea, el Calvario y el Altar serán siempre mirados por los fieles como augusto teatro de su amor. Allí su tierno corazón busca solícito al pecador, instruye misericordioso al ignorante, cura compasivo al enfermo. En la cruz ofrece el sacrificio cruento de su preciosa sangre por todo el género humano, y sobre el altar se inmola diariamente por todos los hijos de la Iglesia, en toda la redondez de la tierra, conforme al oráculo de un profeta. ¡Qué caridad, qué amor, qué ternera de corazón! ¡qué lugar tan distinguido ocupa el hombre en él!

Consultemos los Evangelios, monumentos eternos de las bondades de Jesucristo y de los sentimientos de su corazón para con los pecadores, acerca este grande objeto de su misión divina. Allí notaremos con admiración sus fatigas por buscarlos, sus tiernas lágrimas á causa de su obstinación, su prodigalidad con el arrepentido que le busca é invoca, su paciencia en esperar al delincuente, su alegría al verle dócil á su gracia. ¡Samaritanas, Magdalenas, Lázaros, Pablos, Hijos pródigos, presentaos aquí por un momento á darne testimonio de la ternera del corazón de Jesucristo con vosotros! Tranquilo en orden á los justos, á quienes anima con su gracia, protesta que no viene á llamar á éstos, sino á los pecadores, porque los sanos, dice, no necesitan de médico, sino los enfermos.

¡Qué confianza, cristianos, no deben inspirar al pecador estas bondades y la ternura con que le llama sin cesar el Sagrado Corazón de Jesús! No le consideréis ya como un Dios de las venganzas, que amenaza al pecador por sus profetas, sino como un Dios de misericordia y de todo consuelo, que le ama y excita por medio de su gracia, para que le invoque, á fin de perdonarle. ¡Qué adorables lentitudes no em-

plea de ordinario con el pecador antes de castigarle! Con frecuencia le da tiempo para la penitencia, acreditando por este medio que le castiga como violentado por su justicia y en pena de su obstinación.

¿Pero qué mucho? ¿Habéis olvidado por ventura que para desahogo del inmenso amor de su corazón, se ofreció voluntariamente á su Padre celestial sobre el Calvario por víctima de los pecados de todo el mundo? ¿No satisizo con su sangre preciosísima á la justicia divina? ¿No manifestó su voluntad sincera de salvarlos á todos, sin querer que ninguno se pierda, sino por la rebeldía de su corazón y el abuso de la gracia? Cuando considero, pues, que esta adorable sangre es de un precio inestimable é infinito, y que todos pueden aprovecharse de ella, no puedo dejar de exclamar: ¡oh inmensa bondad de Dios! ¡oh amabilísimo Corazón de Jesucristo, que en el gran sacrificio de nuestra reconciliación comprendiste á todo el género humano, sin querer que nadie perezca! El pérfido discípulo, que por un precio vil le ha de vender y entregar á los judíos; éstos, que le cubren de injurias y derramaron sobre el Calvario su preciosa sangre; el ladrón que á su lado le blasfema; los que se burlaron de sus últimas palabras sobre la cruz, ninguno, hermanos míos, estaba excluido de su amante Corazón; por todos ruega á su eterno Padre; á todos los disculpas; ninguno quiere que perezca.

¿Qué prueba más auténtica del inefable amor de su Corazón para con el hombre? ¡Avergonzaos aquí, miserables hijos de Adán, en presencia de la mansedumbre é inmensa caridad de este Dios-Hombre en medio de las más atroces injurias y calumnias! ¿Qué hombre ó qué profeta llevó tan lejos el amor y la dulzura? Job, en el exceso de su aflicción, maldijo el día de su nacimiento y respondió con dureza á los amigos que censuraban su conducta. David, próximo á la muerte, mandó á Salomón que no dejase sin castigo los atentados de Joab y los ultrajes que le había hecho Semeí. Isaías, perseguido de muerte por sus enemigos, pide que Dios sea el testigo y el vengador de ella. Jeremías, oprimido bajo un promontorio de piedras, cubre de maldiciones á los judíos, y concluye con estas terribles palabras: *Señor, no les perdonéis, ni falte jamás su pecado delante de sus ojos.* ¡Pero qué distinto lenguaje el de Jesucristo sobre la cruz! *Padre mío, perdónadlos, que no saben lo que hacen.* Convenía ¡oh amabilísimo Jesús! que fueseis vos más caritativo que todos los justos del mundo, como fuente que sois inagotable de amor y santidad.

Mas para acabar de conocer la ardiente caridad de este inflamado corazón, acerquémonos al altar, teatro augusto y eterno monumento de su amor. ¡Quién tuviera, hermanos míos, el ardor de los serafines

y la elocuencia de los Naziancenos y Crisóstomos, para describir dignamente este compendio de las maravillas del Señor! Sólo el Discípulo amado, que en la noche de la Cena se recostó sobre el pecho de nuestro Salvador, puede darnos idea de los adorables secretos que le reveló Jesucristo. Sólo este apóstol nos descubrió en breves palabras la fineza, la magnificencia, la prodigalidad y duración del tierno amor del Sagrado Corazón de Jesús á los hombres. *Sabiendo, dice, que era llegada su hora* (esto es, la de ser entregado en manos de los pecadores, para consumir el sacrificio de la cruz y redención del género humano), *habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin*, dejándoles un monumento eterno de su amor.

Tal es el Sacramento de nuestros altares, donde adoramos su cuerpo, su sangre, su divinidad, sus perfecciones y atributos: sacrificio inefable y monumento auténtico de su amante Corazón; sacrificio universal, que se ofrece en todos los lugares del mundo, todos los días y casi en todos los instantes; sacrificio constante, que debe durar hasta la consumación de los siglos para memoria de las maravillas del Salvador y eterno monumento de su amor al hombre. Sacramento inefable, en que se nos da por alimento para dedicarnos y hacernos una misma cosa con él, como proporcionalmente hablando lo es nuestro adorable Salvador con su Padre celestial.

¡Oh amor incomprendible del Corazón de Jesucristo, que mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres! ¡Oh amor inefable, que espera con paciencia las adiciones de algunas almas justas, sufriendo al mismo tiempo el desprecio de infinito número de herejes, incrédulos, libertinos y malos cristianos! ¡Oh amor incomparable, que sin cansarse de la ingratitude del hombre va á buscarle, como el buen pastor á la oveja descarriada, en las cercanías de la muerte, para servirle de viático en su partida á la eternidad, llamándole como padre amoroso á su rebaño, antes de sentenciarle como juez inexorable! Todo, hermanos míos, conspira á manifestarnos el inexplicable amor de Jesucristo á los hombres, y que por más criminales que sean, ocupan, mientras viven, un lugar en su corazón; es decir, que desea sinceramente la salvación de todos, con tal que correspondan á su gracia. Ninguno quiere que se pierda: *no lens aliquos perire*; pero exige, al mismo tiempo, que como nos ha amado le amemos: *Dilexi vos; manete in dilectione mea.* Segunda reflexión que paso á exponeros con brevedad.

Jesucristo que, por un efecto de su inmensa bondad é infinita misericordia, se dignó amarnos hasta el fin, dándonos lugar en su Corazón, y quedándose sacramentado entre nosotros hasta la consu-

mación de los siglos, para servirnos de alimento espiritual en el desierto de esta vida y hacernos coherederos de su gloria, sólo nos pide el corazón en recompensa: *probe, fili mi, cor tuam mihi*; y esto con el fin de hacer en el ostentación de su magnificencia é inmensa caridad. ¿Habrá, pues, entre nosotros quien rehusé tal ventaja? ¿Habrá quien se niegue á tan interesante petición?

¡Ah! reconoced, hermanos míos, que nuestra verdadera felicidad consiste en amar á Jesucristo, para tener lugar en su Corazón. Esta es el áncora de nuestra esperanza; y nuestra mayor gloria estriba en que nuestro Salvador quiera recibir nuestro corazón y tener lugar en él. ¡Oh amabilísimo Jesús! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandeces? ¿Necesitáis acaso de su amor para ser feliz por toda la eternidad? ¿Puede él añadir algo á vuestra gloria esencial? Nada de eso. Cuando nos pide pues el corazón, es decir, el amor, *manete in dilectione mea*, es un puro efecto de su infinita bondad, que mira á nuestro propio interés. Ni juzguéis con error que esta petición que nos hace del amor, sea un mero consejo ó una obra de superrogación: es un riguroso precepto que incluye la caridad, en que estriba toda la ley que nos impuso para ser salvos. Es, pues, necesario este amor, para permanecer en Jesucristo, y para que el Señor permanezca en nosotros: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. A este fin nos pide el corazón: *probe, fili mi, cor tuum mihi*.

Mas nos lo pide todo entero, segregado de los objetos seductores del siglo, de los placeres culpables que embriagan á los mundanos, de la soberbia, ira, lujuria y demás vicios capitales que deshonran nuestra profesión de cristianos, y que nos han atraído más de una vez la indignación de Dios. Exige, pues, de justicia corazones generosos, fervorosos y constantes en su amor; corazones que le amen con ternura como á Padre y Redentor; corazones que lo desprecien todo por Jesucristo, que celen su honra y gloria; corazones que estén preparados y resueltos á defender sus inviolables derechos, á sostener el sagrado vínculo de caridad que nos debe unir en el Señor; corazones que sufran con paciencia las persecuciones por defender el depósito de la fe y verdadera religión de nuestros padres, hasta agonizar por la justicia; corazones benéficos á sus prójimos, llenos de piedad con el desnudo, de conmiseración con el afligido y de misericordia con el pobre.

¿Mas dónde están, os ruego, estos corazones tiernos, generosos y constantes, que ardan inflamados en el amor de Dios y de su prójimo? ¿Dónde entre vosotros aquel sagrado fuego, que su corazón amante vino á traer sobre la tierra, con el fin que ardiese en todos

sin cesar su inefable caridad? ¡Ah! permitidme, hermanos míos, lamentar la falta casi universal de este precioso gaje de la felicidad eterna. A excepción de ciertos corazones puros é inocentes, de ciertas almas solícitas, que velan sinceramente sobre el negocio arduo de su salvación; que meditan de día y de noche en la ley santa de Dios, siguiendo las inspiraciones de su gracia. ¿qué otra cosa se ve en el mundo que aquella olla encendida que se presentó al Profeta, arrojando llamas de lujuria, de odio, de venganza, de orgullo, de amor propio y afecto á lo terreno? Se ven corazones tiernos y sensibles, no para llorar sus pecados y tributar á Dios los debidos homenajes, sino para sentir la pérdida del oro, de una belleza frágil, de una vil criatura ú otros miserables objetos de esta naturaleza, á quienes tienen erigida ara é idolatran. Corazones tiernos, á quienes conmueve en la escena la desgracia de un héroe fingido, quedando indolentes é insensibles al oír pronunciar de parte de Dios la terrible sentencia de su condenación, si no se enmiendan: *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis*.

¿Es éste por ventura el corazón contrito y humillado que el Señor nos pide? ¡Ah! yo, hermanos míos, me estremezco cuando oigo á San Pablo cubrir de anatemas al que no ama á Jesucristo: *Qui non amat Dominum Jesum Christum, anathema sit*. ¿Y qué podremos alegar para no amarle con ternura y generosidad? ¿Cómo no ofrecerle todo nuestro corazón? Pero advertid, hermanos míos, que para serle agradable esta oferta, es necesario que nuestro corazón sacrifique generosamente todo lo que se opone á la ley de Jesucristo; es decir, las bajas y criminales pasiones, por no ser dignas, según el Apóstol, de la gloria que Dios nos tiene prometida, y de los designios del corazón de su Unigénito, que consisten en que le amemos sin reserva sobre todas las cosas. Este fué el sistema de religión que siguieron los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y demás justos, que alaban sin cesar al Cordero sin mancha. Este desprendimiento de todo lo terreno, esta pobreza de espíritu por amor á Jesucristo, esta generosa y firme resolución de adorarle en espíritu y verdad con preferencia á todo, es la única senda que la religión nos propone para dar á nuestro adorable Salvador el debido lugar en nuestro corazón y obtener por este medio la eterna felicidad.

Yo bien sé que en esta senda se experimentan tribulaciones y trabajos. No ignoro que la concupiscencia, este *ángel de Satanás*, de que tanto se lamentaba San Pablo, se rebela con frecuencia contra el espíritu; que nos solicita, nos atrae, nos arrastra hacia el mal, y que

pretende hacernos fuerza. Pero *el reino de Dios*, dice Jesucristo, *pa-
dece violencia, y sólo con violencia se arrebatata*. Es necesario, pues, para
salvarse, hacer frente con firmeza al torrente de las pasiones y ene-
migos del alma. Y pues nuestra vida no es otra cosa, según el Espi-
ritu santo, que una cruda guerra y continua lucha contra ellos,
para conservar el precioso depósito de nuestra fe, informada por la
caridad, peleemos con esfuerzo y generosa constancia, para dar á
Jesucristo en nuestro corazón el lugar que de justicia nos exige,
cuando dice: permaneced en mi amor: *manete in dilectione mea*.

En efecto, hermanos míos, no son ardores pasajeros, que á ma-
nera de fuegos fatuos se extinguen prontamente; ni movimientos de
fervor, que ahogan al momento los objetos seductores del siglo, los
que Jesucristo exige de nosotros. Un corazón voluble, dice un sabio,
un corazón errante, un corazón que se abre al amor y se cierra con
frecuencia; un corazón hoy de fuego y mañana de hielo, no es digna
habitación de Jesucristo. Su reino inmortal sólo está prometido al
que perseverare hasta el fin. Prescindiendo en efecto, por ahora, de
los Tertulianos, Orígenes y Julianos, ¿cuántos brillantes astros de la
Iglesia no se eclipsaron, por no haber perseverado en el amor del
Salvador? ¿Cuántos, después de haberle servido muchos años, le han
arrojado de su corazón, para colocar en él el abominable idolo del
pecado? ¡Ah! sus corazones volubles é inconstantes mudaron de ob-
jeto, y, por consiguiente, mudó su destino.

¡Temblad, justos, y estremeceos! *El que está en pie*, dice el Após-
tol, *cuide de no caer*. Armas del escudo de la fe, sin perder jamás de
vista la caridad, alma y nervio del cristianismo. Esta virtud será co-
ronada en el cielo, al paso que el amor criminal á las criaturas será
castigado en los abismos. Vosotros, pues, que tanto os preciáis de ser
constantes en vuestros propósitos, no siendo á veces los más inocen-
tes, y que miraríais como un deshonor faltar á vuestra palabra, cum-
plid con exactitud la que disteis al Señor en el sacro bautismo,
cuando fuisteis reengendrados en Jesucristo, para amarle en vida y go-
zarle en la eternidad. Entonces renunciasteis solemnemente de Sata-
nás y de todas sus obras; entonces os revestisteis de Jesucristo, despo-
jándoos del viejo Adán y de todas las pompas y vanidades del mun-
do; entonces os constituyó Dios templos vivos del Espíritu Santo, y
su amor ocupó vuestro corazón, encendiendo en él el fuego de la ca-
ridad, que vino á traer sobre la tierra, para que ardiese sin cesar en
el corazón de todos. Entonces fuisteis alistados bajo las banderas de
Jesucristo para defender su honra y gloria, su religión santa, su di-
vinidad, sus atributos y misterios, contra todos sus enemigos, lle-

vando por escudos inexpugnables su fe, su esperanza y su caridad
en el fondo de vuestro corazón. Con tales armas tenéis segura la vic-
toria de vuestros enemigos, porque Dios, que es fiel en sus promesas,
sólo nos pide el corazón: *prebe, fili mi, cor tuum mihi*.

¿Cómo podremos, pues, rehusar la entrega de nuestro corazón á
Jesucristo, siendo este amor tan puro, y que tanto nos interesa? No
despreciéis, os ruego, las voces de su corazón benéfico, que os ha
dado muestras nada equivocadas de su inefable amor, no sólo durante
su vida, sino sobre el árbol de la cruz y en el augusto Sacramento de
nuestros altares. Y pues sin mérito de nuestra parte nos dió lugar
en su Corazón, erigiendo entre nosotros un monumento eterno de su
amor, correspondamos fieles á tanto beneficio, entregándole el nues-
tro por medio de un amor tierno, fervoroso, sin reserva y constante,
para acreditar que somos católicos y verdaderos hijos de la Iglesia: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. Jesucristo os amó hasta el fin;
permaneced, pues, constantes en su amor; que digno es su corazón
amante de recibir el honor, la gloria y la acción de gracias por los
siglos de los siglos. *Amén*.